

La tempestad tronó de las pasiones,
La ambición levantóme de mi lecho,
Y dando brío al lacerado pecho
Con la gloria ¡insensato! sonréi.

¡Ay! que crucé cual cárobo nocturno
Que gime ronco en la tiniebla umbría,
Y el eco humilde de la lira mía,
En el olvido adusto se perdió.

No tribudé mi incienso á la fortuna,
¡Ay! presenté que en el dorado lecho
Gimé tambien inconsolable el pecho,
Y ahuyenté el sueño bárbaro el dolor.

Rueda inútil la perla de rocío
En el tallo infecundo por el hielo;
El corazón marchito por el duelo
Es insensible á la aura del placer.

Adios, adios, fugaces ilusiones,
No profanéis mi pensamiento vterio,
El viento que se pierde en el desierto
Perfumado susurra en el vergel.

Id, y buscad la juventud, la vida;
Id y buscadla en provechoso giro,
Y allí como en un cielo de zafiro
Desplegad vuestras alas de carmin.

Otros hallen hechizo en los placeres,
Y tesoros de amor en la hermosura;
Los recuerdos profundos de amargura
Y el llanto del dolor, dejadme á mi.

Y siempre, siempre en sempiterna lucha,
¿Dónde el destino bárbaro me arroja?
Ni una sola esperanza en mi congoja
Se atreviera mi labio á refrescar.

Lloro cuando mis hijos adorados,
Puros renuevos de mi triste vida,
Con júbilo mi frente compungida
La vienen inocentes á besar.

Temo, ¡ó Dios! que sus labios virginales
Los contagie el veneno de mis penas,
Y transmitir la fiebre de mis venas
A sus cuerpos de arcángelos de Dios.

Y á tí tambien, esposa idolatrada,
Temo mirar pacífica á mi lado;
No muera con el árbol derribado
La yedra que á sus ramas se enlazó.

Señor, Señor, las nubes tempestosas
Rompen omnipotente con el trueno,
Y en cielo azul, magnífico y sereno,
Muestras al mundo refulgente el sol.
Haz que rizando el ala de la brisa
De mi dolor los turbulentos mares,
Se apacigüen sumisos mis pesares,
Y que brille la paz del corazón.

Yo iré hasta tí cual se dirige al templo,
Después de rudo y lóbrego camino,
A dejar el cansado peregrino
El encorvado báculo al altar.

Así yo, fatigado, en el sepulcro
Dejaré satisfecho la existencia,
Si dulce me sonreí tu clemencia,
De mi carrera al término llegar.

Octubre de 1843.—GUILLERMO PRIETO.

MEMORIAS SOBRE EL MATRIMONIO.

LIGEROS APUNTES SOBRE LA COQUETERIA.

[Primera conversacion.]

ENTRE LAS PEQUÍSIMAS AMISTADES FEMENINAS que cultivo, cuento la de Doña Susana. Es una mujer que raya en los cuarenta años; de tez fresca, de proporciones morbidas, y de facciones expresivas, que anuncian que en sus tiempos juveniles fué una de esas magníficas y espléndidas bellezas que traen á los pobres hombres al retortero. Da Susana, ademas, es una mujer de genio amable, de talento claro, y de un gran mundo. Sabe todas las anécdotas escandalosas de la alta sociedad, y las refiere con mucha gracia y sal; tiene relaciones con las niñas que comienzan á florecer, bellas y candidas en la vida, y le cuentan sus cuitas de amor, y le piden, como tímidas palomas, consejos para librarse de los *hombres milanos*. Los *hombres corderos* tambien le refieren sus historias; y ella, amable y compasiva como una hermana de la caridad, les da preservativos para que liberten á su corazón de las uñas de las *mujeres buitres*. Ya ven, lectores y lectoras; que mi buena amiga Da Susana es una de esas joyas esquisitas que es menester apreciar debidamente.

Como decia: una que otra vez, cansado del fastidio y monotonía de una vida sedentaria, me dirijo á casa de mi amiga, y allí hablamos largamente de nuestra sociedad moderna, y nos alimentamos de ese suave y delicioso manjar que se llama crédito público, y que es el maná de todos los concurrentes á los teatros, á los toros y al café del Progreso. Resulta de estos inocentes entretenimientos, que suelo dejar en casa de Susana algunas de las pocas ilusiones que han quedado á mi corazón, y que salgo mas fastidiado y mas molesto que lo que entré. Por ejemplo, le hablo á Da Susana, con entusiasmo, de Pepita Recorte; Da Susana sonríe, y me cuenta una anécdota secreta de amores, y adios ilusion por la virtud de las niñas.

No obstante, algun provecho saco de sus conversaciones, y dia llegará en que cuando mi amiga Da Susana y yo cerremos el ojo, vea la luz pública unas memorias sobre la sociedad contemporánea, que sin vanidad podrán arder en un candil.

—Vd., señor Yo, me dijo un dia Da Susana, parece que quiere escribir algo sobre el matrimonio?

—Sí, señora; pero tanto hay que decir sobre esto, que juzgo que será menester formar, no un artículo aislado, para que ocupe lugar en la parte de variedades de un periódico, sino una obra de dos ó mas tomos.

—Con efecto, mucho hay que hablar sobre la materia; mas sería oportuno que dedicara vd. un capítulo para declamar contra la coquetería, pues á fe de Susana, creo que no hay cosa que perjudique mas á las mujeres y á los hombres.

—Por mi parte, señora, estoy resuelto á escribir no solo sobre la coquetería, sino hasta sobre la lengua chinesca, que jamas he oído hablar; pero á mi modo de ver, la coquetería (cuya palabra no es muy castiza por cierto) es el arte que tienen las mujeres para realzar los atractivos de la hermosura; para dar mas viveza á ese sentimiento indescribible que se llama amor.

—Muy dueño es vd. de creer lo que le agrade; pero si quiere atender á mis esplicaciones sobre esta materia, le servirán acaso para formar algunos apuntes y publicarlos el dia menos pensado, porque vd. tiene furor de publicar cuanto se le viene á las mientes.

—No se equivoca vd., señora.

—Pues señor, en mi juicio la coquetería puede dividirse en dos clases. La primera es, aquel instinto natural que tienen las niñas cuando salen de la amiga ó del convento, y que las obliga sin pensarlo á buscar los mas elegantes adornos para el peinado, los mas bonitos colores para los vestidos; todo con el fin inocente de agradar á los que las ven, y oír murmurar en los corrillos y salones las dulces y mágicas palabras de *bonita*, *encantadora*, *celestial*.

—¿Cómo le parece á vd. que llamemos á esto? le interrumpí.

—Coquetería instintiva.

—Cabal.

—La segunda, que llamarémos *coquetería meditada*, prosiguió Da Susana, es aquel deseo de parecer bien, pero con el doble objeto de satisfacer un orgullo ilimitado, y herir, destrozar y derribar adornadores con la magia de la belleza, con el atractivo de las sonrisas, y con el fuego de las miradas, á la manera que un fiero conquistador derriba, hiere y mata á sus enemigos en un campo de batalla. ¡Destrucidos los *hombres corderos*, que armastados de un entusiasmo congruente á esta terrible lucha! Corazones desahucados, ilusiones desvanecidas, esqueletos pálidos, y enfuegos de amor, que los trofeos que vagan en torno de una coqueta, que con la alegría en los ojos y la sonrisa en los labios, mira satisfecha llorar, arrastrarse á sus pies, morir de rabia y de dolor á sus infelices víctimas.

—Muy cruel es la coquetería meditada, mi querida Susana, y no veo que pueda resultar gloria á ninguna mujer, de marchitar tantas espe-

ranzas, de deshojar las flores nácares y lozanas del corazón, de hacer volver á los pobres hombres corderos tantas lágrimas, que caen en la esterilidad y la indiferencia del corazón egoísta de una coqueta.

—¿Qué quiere vd.? Estas son las anomalías que se ven en el mundo, y cuya esplicacion es tan difícil hallar, como hacer oro con los rayos del sol. Acónsejole, pues, que tenga mucho cuidado, pues vdes., escritorzuelos, que se vanaglorian de tener mundo y de adivinar los sentimientos del corazón de la mujer, caen redondos en la trampa cuando menos lo esperan: mas oiga vd. la confesion franca y sincera de mis faltas, y encontrará el retrato de una coqueta.

Tenia quince años; mi corazón estalla todavía virgen; pero la coquetería instintiva hacia que rifiera al zapatero, porque el zapato tenia la pala mas ó menos ancha; y á la lavandera, porque el olan del vestido no estaba bien lavado, ni encarrujado con esmero: pasaba horas enteras en el tocador, poniendo ya un ramo en mi peinado, ya una flor en mi pecho, ya un dije ó una fiestol en las trenzas, ya un collar en el cuello: me lavaba el rostro con aguas aromáticas; esparcía aceites y bálsamos en mi cabello; y cuando la *toilette*, como dicen hoy, terminaba, me ponía delante de un espejo de cuerpo entero, y contemplaba con orgullo mi fresca tez de rosa, mis ojos negros y rasgados, mis dientes blanquísimos, mi cuello terso de alabastro, mi delgada cintura y mi pie pequeño, calzado con un zapato de raso negro. Satisfecha de mí misma, y preocupada, salía al balcón, pensando en que cada hombre que pasara esclamaria por fuerza: "*Qué hermosa es!*" No me engañaba, pues cuantos transiaban por mi calle alzaban la vista, y cuando habían andado dos cuardos, no podían menos de voltear la cara y dirigirme una última mirada, que sin duda queria decir: "Aquí, en mi corazón, va grabada tu imagen."

Hasta aquí todo era un recreo pueril, si se quiere, pero inocente; pues sin remordimiento ni pena me acostaba en mi lecho, y me dormía arrullada por la grata satisfaccion que causa el ser el objeto de la admiracion de los demas.

Poco á poco me asertivamente cuántos eran los deseos de saber asertivamente cuántos eran los que se interesaban vivamente por mí, y ya se figurará vd. que para esto sobran oportunidades á una muchacha. Una tarde me dijo Antonia, criada joven, vivarachá y de toda mi confianza, que un señor le habia prometido darle una carta para mí.

—¿Tráemela, le respondí, sin decirle que yo estoy de acuerdo: nos divertiríamos.

A la noche me entregó Antonia, no solo una, sino ocho cartas á un tiempo. ¡Qué risas! ¡Qué burlas á los pobres autores de las epistolast

Ja, ja; Antonia, éste se quiere matar si no le correspondo; el otro me amenaza con que buscará un tabardillo en la mar: el tercero es mas respetuoso, dice que me amará eternamente, y que si yo no le amo se conformará con ser mi amigo; el cuarto quiere que le envíe un rizo de mi pelo: el quinto, me manda una sortija dentro de la carta, y dice que se casará conmigo dentro de ocho días, si yo consiento: el sexto es un necio, ha copiado su carta de un libro; el octavo ¡qué horror! me da una cita, y agrega que se subirá por el pie de gallo del farol de la calle, y...

—Pero, ¿qué hacemos, señorita! me preguntaba Antonia.

—Lo vas á ver, le contesté: ocho amantes es muy poco; quiero tener veinte, treinta, cuarenta; pero no de la calaña de estos pobres diablos, que solo estrenan un frac el día de su santo, y que van al paseo á pié dando tumbos y saltos por el lodo; no de estos hombres pacaos y oscuros, que no los conoce nadie, sino de esos jóvenes ya corridos de mundo, que visten elegantemente, que van á caballo al paseo, y que tienen ya experiencia y...

—Pero á estos qué se les dice!
—Lo vas á ver. Tomé la pluma y escribí: "Señor: Nunca le he dado á vd. motivo para que se tome la libertad de dirigirme una carta; mas ya que la criada me forzó á recibir la de vd., le manifiesto que pierda toda esperanza de conseguir mi correspondencia, y cese en sus instancias que me son demasiado molestas." Mira, Antonia, copia siete cartas iguales á ésta, y repártelas á los pretendientes.

Antonia, con su mala letra y peor ortografía, copió mi severa carta, y al día siguiente repartió siete iguales. Todas estas conferencias eran en el silencio de la noche, y cuando mi familia me creía gozando de un sueño tranquilo é inocente. La coquetería estudiada comenzaba á aparecer en mí.

Con esto, y estas muestras evidentes de amor, en el fondo de mi corazón no correspondía francamente á su pasión vehemente y generosa, y solo cultivaba yo este amor como un ensayo para cerciorarme del poder y tiranía que ejerce una muger en el corazón del hombre. ¡Pero cree vd. que acostumbrada á tener tantos amantes, me contentara con quedarme con solo uno! Eso me hubiera parecido tan horrible como hallarme sola en un desierto de Arabia. Así, pues, no dejaba de emplear mis atractivos naturales y mis ensayos cómicos para conservar un cierto círculo de vasallos, de que yo era la reina. De uno recibí algunas cartas: á otro le di un rizo de mi pelo; al de mas adelante le permití que conservara un guante; al otro, que me seguía en la calle, no le reclamé la liga que se me cayó, y él se apresuró á levantar. Antonia fomentaba es-

amor; por el contrario, mi deseo era brillar solamente, arrebatar la admiración de los hombres, y tener un gran número de amantes para despreciarlos á todos, para divertirme con sus necesidades, para reírme á carcajadas cuando los veía firmes y constantes, sufriendo recios aguaceros embudidos en el umbral de una puerta, frente de mi balcón. Sin embargo, les otorgaba de vez en cuando alguna recompensa; por ejemplo, un saludo espresivo en el paseo, una mirada, una seña, una sonrisa, una tos, cualquier cosa: el caso es que llegué á contar hasta treinta, y entonces pensé seriamente en fijarme en el que me pareciera menos malo.

Un jóven pálido, de porte serio, de andar mesurado y de agradables maneras, fué el preferido. Conocía yo el pobre diablo me adoraba con delirio: nunca me había escrito; nunca me había hecho una seña, ni dirigido una palabra en la calle, ó al entrar á la iglesia ó al teatro; pero cada vez que me veía observaba yo que se demudaba, que casi vacilaba y quería caerse, y que otra vez vi también, que al disimulo enjugaba una lágrima que rodaba por sus mejillas. "Tímido hasta el extremo, como verdadero amante, no se había atrevido á tentar ningún medio para manifestarme su cariño de una manera mas terminante; pero Antonia se encargó de esto, y defecó á los tres días tenía yo en mi poder una carta suya, sencilla, pero tierna y elocuente: se conocía que el infeliz muchacho la había escrito con las guapas esperanzas, y me respondió otra llena de tanta ternura y emoción, que estuve á punto de que se me saltaran las lágrimas. Para no fastidiar á vd. le diré, que al fin de un mes nuestra correspondencia estaba perfectamente arreglada, y que ya le había concedido una entrevista, en la que por cierto no pudo decirme ni una sola palabra; pues su pecho se comprimí, y se soltó llorando como un niño de la escuela.

Con esto, y estas muestras evidentes de amor, en el fondo de mi corazón no correspondía francamente á su pasión vehemente y generosa, y solo cultivaba yo este amor como un ensayo para cerciorarme del poder y tiranía que ejerce una muger en el corazón del hombre. ¡Pero cree vd. que acostumbrada á tener tantos amantes, me contentara con quedarme con solo uno! Eso me hubiera parecido tan horrible como hallarme sola en un desierto de Arabia. Así, pues, no dejaba de emplear mis atractivos naturales y mis ensayos cómicos para conservar un cierto círculo de vasallos, de que yo era la reina. De uno recibí algunas cartas: á otro le di un rizo de mi pelo; al de mas adelante le permití que conservara un guante; al otro, que me seguía en la calle, no le reclamé la liga que se me cayó, y él se apresuró á levantar. Antonia fomentaba es-

tas intrigas; y yo, descuidada del porvenir, y divertida y engolfada con este género de vida, no me acordaba ni de Dios, ni de mi familia, ni del mundo que me observaba.

Este estado de cosas no podia durar mucho tiempo, y debe vd. figurarse que tantas prendas amorosas como había yo repartido, habian de servir para ponerme en un conflicto.

Era una noche: me hallaba yo en uno de esos bailes esplendidos, en que los acentos de la orquesta entusiasman, en que la luz de la esperma parece que aviva los deseos de nuestro corazón; en que el ambiente de aromas y de rosa que se respira, embriaga y comunica á los sentidos cierta voluptuosidad indefinible. Hubiera querido tener diez existencias para darlas á mis diez amantes; pero era una sola muger, y deseaba contentarlos á todos; esto era imposible. Bailé con uno, estreché la mano de otro, y me sonreí con dos; di una cita á Perico Centinela; convidé á Juan Bodoque para que me acompañara á casa, y... pero cuando mas contenta y complacida estaba, reclinada en un sofá, en una de las piezas solas de la casa, meditando en el poder de mi hermosura, se apareció delante de mí la figura pálida de Arturo, y me presentó su mano, de donde goteaba sangre.

—¡Arturo! ¡Arturo! exclamé temblando de terror, ¿qué es eso?

—Nada, señora, me contestó con voz ronca, un pequeño rasguño que me ha dado uno de los mil amantes que vd. tiene.

—¡Arturo!...

—Señora; pero la sangre que destila de la mano nada vale: es al fin de un miembro que no es esencial para la vida; pero cuando destila sangre del corazón, entonces no hay remedio, es menester morir.

—¿Cómo, Arturo, estás herido! exclamé arrojándole á él, y buscando entre su camisa y corbata la herida.

—Valia mas, señora; me contestó con voz mas fuerte, y rechazando mi mano. Vos sois la que habeis herido mi corazón, la que en una sola noche le habeis quitado cuanto sangre, cuantas lágrimas, cuanta vida tenía.

Yo iba á hablar; pero Arturo me lo impidió.

—Todo lo sé, señora: tenéis diez ó mas amantes á un tiempo, y me habeis tratado como un niño, cogañando mi amor, traicionando mi buena fe, secando mi corazón y... Susana, Susana, continuó con la voz ahogada, ¿por qué me habeis engañado! ¿Qué mal os he hecho para que así me castigueis!

Yo, recurriendo á mi coquetería, prorumpí en ágil escusas; pero Arturo me arrojó un paquete de cartas, y dijo:—Adios, Susana, adios; quiera el cielo que nunca te engañen tan vilmente como tú me has engañado á mí. Apenas salió

Arturo, cuando Perico, que era un libertino, entró, y antes de que yo pudiera ocultar el paquete de cartas, se apoderó de él, y tirándole á la cara el rizo de pelo que yo le había dado, me dijo:—Así se vengán las infamias de una muger coqueta. Estas cartas serán leídas en los corrillos de los cafés, y mucho vamos á reírnos á costa de vd.

—Perico, por piedad, no se va vd. cruel: no me deshonre.

—Vd. sola se ha deshonrado; me contestó secamente, volviéndome las espaldas.

Caí en el sofá anonadada, como si un rayo hubiera tronado en mis pies, y solo me sacaron de mi enagenamiento las fuertes exclamaciones de Juan, que me llamaba vil, infame, perjura; pateaba el anillo, y cerrando los puños me amenazaba. El miedo me dió fuerzas, y volando me dirigí á la sala del baile.

No pasó mucho sin que cada amante contara la aventura del baile: mis cartas se leyeron en los cafés, y de boca en boca se repitió esta cruel palabra: "Es una coqueta."

Al día siguiente de esta fatal noche me asaltó una violenta fiebre, y no volví á saber de mí hasta los siete días, que merced á los cuidados de mi familia me restablecí en breve.—Yo.

(CONTINUARÁ.)

Pensamientos.

La amistad puede subsistir con toda su delicadeza, entre personas de diferentes sexos; sin embargo, la muger siempre mira al hombre como hombre, y recíprocamente el hombre siempre mira á la muger como muger. Este enlace no es ni pasión ni amistad pura; es de una especie particular.—B.

La esperanza, que en un pueblo es una virtud, porque un pueblo jamás es oprimido ni esclavo, sino cuando quiere serlo: la esperanza tenía un templo en medio de Roma: el rayo lo consumió tres veces; pero los romanos lo reedificaron siempre.—B. Constant, *Del politeísmo romano*.

Las mugeres sanan de su pereza, por la vanidad ó por el amor: la pereza por el contrario, en las mugeres activas es el presagio del amor.—B.

La muger que tiene un galán cree que no es coqueta: la que tiene muchos cree que solamente es coqueta.—L. B.

Los ingleses para denotar que algo es de todo punto falso, dicen: esto es *jesuiticamente* falso.—Montesquieu.

La justicia es el pan de los pueblos.—L. M.

PARTE HISTORICA.

DOCUMENTOS SOBRE EL DESAFIO

Del emperador Carlos V, con Francisco I, rey de Francia.

(CONCLUSION.)

CARTA DEL MARQUES DE DENIA.

19 de junio de 1528.

No dice á quien va dirigida, pero creemos que á D. Francisco de los Cobos Secretario del Emperador.

Lo que á mí me parece en el cartel que el Rey de Francia envió á S. M. con Guiana su rey de armas á Monzon en 7 de junio de 528, es que no habiendo cumplido lo que juró y prometió al Emperador nuestro Señor, no ha lugar de poder desafiar á S. M. siendo claramente su prisionero como lo es. Ya que el Rey de Francia quiere en esto posponer la poca honra que le queda, hablando con el acatamiento que se debe á un Príncipe como él, y que el Emperador nuestro Señor como Príncipe tan animoso y como quien piensa que por esta vía se ha de conseguir la paz que tantos años ha que procura, quisiere responder al Rey de Francia como á persona que tiene libertad para desafiarle, la cual él no tiene, paréceme que el Emperador nuestro Señor debe señalar las armas, pues conforme á la costumbre que en esto se tiene, se ha de hacer así, y que el Rey de Francia señale el campo y le asegure. Esto es lo que á mí me parece so enmienda de los que mas sabrán. Fecha en Tordesillas á 19 de junio de 528 años.—El Marqués de Denia.

CARTA DEL MARQUES DE DENIA AL EMPERADOR.

19 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Recibí la carta de V. M. de 14 del presente, y ví la escritura de lo que antes V. M. había pasado con el Rey de Francia y con sus embajadores, y así mismo el cartel de desafío que agora ha enviado con Guiana su rey de armas; y las diligencias y autos que V. M. le dejó hacer, fué muy bien conforme á las otras cosas que V. M. hace y ordena. Los pies de V. M. beso por mandarme hacer saber esto; y Dios es testigo que si yo tuviese veinte vidas las pornia de mejor voluntad en servicio de V. M., que aconsejalle ni suplicalle lo que en este caso debe hacer; pero como yo sea tan obligado como

vuestro vasallo y leal servidor á lo que conviene á vuestro servicio, así por esto como por cumplir el mandamiento de V. M. yo envío aquí mi parecer. V. M. reciba mi intención, á la cual suplico que en las palabras y demostraciones V. M. satisfaga tan cumplidamente al Rey de Francia, cuanto yo espero en nuestro Señor que si esto llega al cabo, le satisfará en la obra y según la verdad é justicia que V. M. tiene en esto, y la poca que él ha tenido en no cumplir lo que él prometió, dejado á parte las otras calidades que en vuestra Cesárea Persona concurren y las que en la suya en contrario de esto hay, las cuales nuestro Señor no menos suele favorecer é ayudar en semejantes casos, que la justicia y verdad. Y porque es este negocio tan grande que no puede ser mayor, puesto caso que el parecer de V. M. y los que están cerca de su Cesárea Persona basta para esto, quisiera yo que V. M. mandara llamar muchas personas que hay en sus reinos y que en su Real presencia se placiera, porque las cosas que se han de llevar al cabo, es muy gran razón que vayan muy bien sustentadas y justificadas con Dios y con el mundo; y pues en esto no puede haber mucha dilación, yo suplico á V. M. humildemente así lo haga. Ruego á nuestro Señor guarde vuestra Cesárea Católica Majestad bienaventuradamente con acrecentamiento de su Real corona, como yo deseo. De Tordesillas á 19 de junio de 528 años.—Siervo y vasallo de V. M. que sus Reales manos beso.—El Marqués.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey nuestro Señor.

SEGUNDA CARTA DEL MARQUES DE DENIA AL EMPERADOR.

11 de octubre de 1528.

S. C. C. M.—Recibí la carta de V. M. de primero de setiembre y ví el traslado del cartel que V. M. envió al Rey de Francia con Borgoña su rey de armas en respuesta del que Guiana su rey de armas á V. M. trujo, y háme parecido

muy bien lo que V. M. respondió; y agora he recibido la carta de V. M. de nueve del presente, y he visto las diligencias que Borgoña rey de armas de V. M. hizo en Francia, y como no le dejaron hacer su oficio, por donde parece que el Rey de Francia debe tener fin á que se le de la patente del campo, pretendiendo que esto hecho, á él quedará el señalar de las armas, y en esto podría ser de alguna cabtela de las suyas. E como quiera que á mí ver V. M. ha cumplido tan largamente, que todos los súbditos y vasallos debemos dar gracias á nuestro Señor de habernos dado Príncipe que tan bien haya cumplido con su honra y con la de sus reinos cuanto en este caso conviene; y cuando demas de los cumplimientos hechos V. M. quisiera hacer otro para mas satisfacer á su ánimo, paréceme que V. M. debria de enviar á pedir salvo conducto al Rey de Francia, y enviar un caballero con el mismo rey de armas y con el mismo cartel que V. M. envió sin mudar ninguna palabra, y enviar á decir con este al Rey de Francia que V. M. le envió con Borgoña su rey de armas la respuesta del cartel que con Guiana su rey de armas le envió, el cual volvió sin respuesta suya y sin haberle dejado hacer las diligencias que en tal caso se requieren; y como quiera que V. M. ha cumplido, que para mas cumplimiento envía á fulano con su rey de armas y con la patente del campo, y para que en lo de las armas se determine conforme á lo que V. M. responde en su cartel. Y si el Rey de Francia esto aceptare, espero en nuestro Señor que mostrará la verdad y justicia que V. M. tiene como lo hace en semejantes casos, y si no lo hiciere parecerá claramente que queda por él, y así V. M. aunque con lo pasado ha cumplido, quedará mas satisfecho de haber hecho este cumplimiento. Beso los pies y las manos á V. M. por hacerme saber la victoria que su ejército hobo en Nápoles de que doy gracias á nuestro Señor, y así espero en el que pues la intención de V. M. es enderezada á su servicio, encaminará lo que mas á V. M. toca como sus servidores y vasallos lo deseamos. Ruego á nuestro Señor guarde muy bienaventuradamente la Cesárea Persona de V. M. con acrecentamiento de su Real corona. De Tordesillas á 11 de octubre.—Siervo y vasallo de V. M. que sus Reales manos beso.—El Marqués.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey de Romanos y de España nuestro Señor.

En el membrete.—A. S. M.—El Marqués de Denia 11 de octubre.

CARTA DEL DUQUE DE ALBUQUERQUE AL EMPERADOR.

20 de junio de 1528.

En lo que V. M. respondió de palabra al rey de armas se presume toda sustancia que puede

llevar la respuesta en escrito, y por esto son excusados todos los otros pareceres; mas pues V. M. manda que yo diga el mio, aunque sea mas excusado que todos, lo haré y es que V. M. procure que en palabras no gane honra el Rey de Francia, pues en ellas y en obras la ha ganado hasta ahora con el V. M., y que esto sea con toda la moderación y templanza que el caso sufre, porque lo contrario siempre fué reprobado entre grandes personas en semejantes autos. Y porque no hay manera para que este pueda llegar á efecto aunque V. M. lo desee tanto como todos vemos, no hablo en la ventaja que el Rey de Francia toma desde ahora en el señalar de las armas ni en otros inconvenientes que no se podrían dejar de decir y de sentir cuando esto se llevase camino de conclusión, porque son para vuestros reinos muy mayores y de mas notable daño, que cuanto derramación de sangre y de fuego en ellos puede haber; y cuando para el sosiego de ellos esto se hubiese de determinar por desdella, habia de ser entre personas particulares de Castilla y Francia, y no poner la de V. M. en ello quedándonos todos fuera, porque es cosa muy nueva y desusada poner el Rey y su persona en peligro de batalla por sus súbditos estando ellos fuera de ella; pero ya el negocio no puede venir á estos términos sin responder V. M. á lo del campo que el Rey de Francia pide, del cual él no se ha de contentar ni terná ninguno por seguro para él en todo el mundo, porque V. M. no creo que se fiará ya de lo que él puede asegurar debajo de su firma, y la misma causa que él ha dado á V. M. para esto, bastará para que temándose él de sí mismo, no se fie de cosa que V. M. pueda asegurar; y vista esta imposibilidad á que por su parte no se ha de hallar remedio, ni recibiere el que V. M. hallase, parece que de allí podría resultar como he dicho en los súbditos; y pues yo lo soy, y yo no con menos voluntad para servir á V. M. que otro, si en este caso se ofreciere en que, lo que pueda hacer suplico á V. M. se acuerde de mandármelo. Y por no confiar tanto en mi diligencia como en la de este correo para allegar al tiempo que V. M. manda, dejo yo de ser el mensajero, y guardo acrecentamiento de su Real corona. De Tordesillas á 11 de octubre.—Siervo y vasallo de V. M. que sus Reales manos beso.—El Marqués.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador Rey nuestro Señor.

En el membrete. Del Duque de Albuquerque 20 de Junio.

CARTA DEL CONDOTTABILE DE NAVARRA AL EMPERADOR.

20 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Una carta de V. M. he recibido,

hecha á 15 de este mes. Las imperiales manos y pies de V. M. beso por la merced tan señalada que me ha hecho en mandarme dar parte de los negocios que entre V. M. y el Rey de Francia se tratan, y por la carta dice V. M. que de mas del desafio general que en Burgos le hicieron los reyes de armas de Francia é Inglaterra por ciertas palabras que entonces V. M. dijo al embajador del Rey de Francia y á su rey de armas, agora de nuevo ha tornado á enviar un farrate con el cual desafia á V. M. persona por persona. Yo creo bien que V. M. con el seso y tiento que ha tenido y tiene en todas las otras cosas, mandará responder lo que en tal caso conviniere; porque yo pienso que el quiere adobar con esto los yerros y faltas de honra en que ha caído. Si en algo yo puedo servir á V. M., suplico á V. M. se mande acordar de mí, pues mi persona con los años que me quedan de vida, estoy presto y aparejado para lo emplear todo en servicio de V. M. con la fe y voluntad en que siempre he vivido y viviré. La Imperial Persona de V. M. guarde nuestro Señor y su Real estado acreciente con mas reinos y señoríos. De Lerín á 20 de junio.—De V. M. obediente servidor y vasallo que las Reales manos y pies de V. M. beso.—El Condestable.

En el sobre A la S. C. C. M. del Emperador y Rey nuestro Señor.

En el membrete. A S. M.—Del Condestable de Navarra.

CARTA DEL OBISPO DE AVILA AL EMPERADOR.
20 de junio de 1528.

S. C. C. M.—La carta de V. M. recibí acerca del desafio del Rey de Francia y por tan grande merced beso los Reales pies y manos de V. M., y el caso es tan grande y que tan pocas veces suele acaecer entre tan grandes príncipes, que no sabría que decir sino que como el Apostol dice, los juicios de Dios son incomprensibles y sus vias investigables, y que él solo sabe el secreto porque lo ha permitido y el fruto que de ello entiendo sacar. Es verdad que estoy muy alegre de dos cosas, la una por el santo zelo y fin que V. M. tuvo y la intencion con que dijo las palabras de donde el Rey de Francia tomó ocasion para dicho desafio, porque fué por la honra de Dios y por pensar que por esta via, pues por otras muchas no habia podido ser, le alcanzaria la paz universal de la cristiandad y el remedio de los grandes y universales males de su pueblo. Porque sobre tal fundamento no se puede esperar sino próspero sucesso y glorioso triunfo del competidor. La segunda es porque tengo á V. M. por tan excelente y valeroso príncipe y tan sabio que no ignora con delicada sea la honra de los caballeros, mayormente de los príncipes de quien tanto pende, y que habido primero maduro y deliberado consejo, la res-

puesta será tal que convenga al honor de Dios y de V. M. y de sus reinos, y que en este caso no perderá punto de todo aquello que deba y sea obligado á hacer, ni menos excederá de manera que provoque la saña del Señor, cuya causa, principalmente V. M. defiende, sino que se acordará de lo que está escripto por el profeta: *honor Regis judicium diligit: et justus est, Dominus et rectum judicium ejus*, y tambien que tengo creído que este caso no ha de confiar en su propia virtud y brazo sino en el divino, con lo cual y con saber la sobrada y notoria justicia de V. M. como he dicho, yo no dudo la victoria; y porque sabe V. M. que los sacerdotes no podemos ni tenemos entera libertad de hablar particularmente en semejantes cosas, como nuestras armas sean mas espirituales que temporales, y nuestro oficio sea encomendarlas á Dios; sea cierto V. M. que tal cual yo soy, en mis oraciones y sacrificios tengo y terné muy especial cuidado de este caso, y suplico á V. M. que si para algo de lo accesorio á lo sobredicho se ha de servir de algunas personas de mi profesion, que no reciba tanto agravio que permita que yo no sea puesto en el número de ellos. Ansimismo doy muchas gracias á Dios por la grande merced que á V. M. y á todos sus reinos ha hecho con la nueva Infanta: plega á él sea para su servicio y para el bien y consolacion de ellos, y que del fruto que hasta aquí se ha dado y de aquí adelante se dará, vea muy cumplido gozo y le dé muchos reinos y señoríos para que los pueda dejar con tan larga y bienaventurada vida como todos, sus súbditos y naturales deseamos y habemos menester. De Avila 20 de junio de 1528.—El humildísimo siervo y indigno orador de V. M.—Episcopus Abulensis.

CARTA DE LA CIUDAD DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA AL EMPERADOR.
23 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Lunes en 8 del presente esta su ciudad de Santo Domingo de la Calzada recibió la carta de V. M. sobre la novedad ofrecida de parte del Rey de Francia, é general é particularmente todos con el debido amor é veneracion que debemos, besamos los pies é manos de V. M. por la crescida é gran merced que en hacernos saber nos hizo, é suplicamos al Señor de los cielos nos deje ver á V. M. en la tierra. E pues estos é semejantes trances ofrece Dios por las culpas de los pueblos é súbditos, no queda sin sentimiento de mucho cuidado esta su ciudad de tan grande ingratitud contra tan grande clemencia, y piedad y misericordia causada, é de ver puesto en ello á V. M. por el bien comun á que V. M. ha tenido é tiene respeto. E no nos entremetiendo á decir en esto el parecer que nuestro amor entrañable nos dá á sentir, porque no nos sea imputado á atrevimiento indebito, de cualquier

manera que Dios toviera por bien ordenar el negocio, ofrecemos á V. M. nuestras personas é haberes con la acostumbrada fidelidad á V. M. desde: cuyos hechos Dios Todopoderoso ordene de tal manera que á solo V. M. veamos Señor del mundo todo: cuya Imperial y Real Persona por luengos tiempos la Santa Trinidad prospere con acrecentamiento de mayores reinos é señoríos, é vencimiento de sus contrarios y enemigos, é bienaventurado deje vivir, imperar y reinar. De esta su ciudad de Santo Domingo de la Calzada á 22 dias del mes de junio de 1528 años.—Por el Concejo, Justicia y Regidores de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada.—Juan de la Canal.

En el sobre. A la S. C. C. M.

CARTA DEL CONDE DE MIRANDA AL EMPERADOR.
23 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Recibí la carta que V. M. me mandó escribir y así mismo todos los otros memoriales y traslados que con ella vinieron. Yo B. L. R. M. de V. M. por la merced que me hace en mandarme comunicar negocio tan grande y en pedirme parecer para lo que en adelante será servido de hacer, especialmente teniendo V. M. cerca de sí personas tan señaladas y experimentadas que no es de creer que se le pueda aconder ninguna de las que para esto fueren necesarias. Bien puede creer V. M. que si yo confiese tanto de mí parecer como es la que V. M. tiene para decirle lo que le dije, y esto se debe hacer con gran consejo porque no pueda parecer soberbia é inadvertencia habelle hecho tanta gracia como fué habilitarle. Y porque parece á muchos que el Rey de Francia escoge las armas contra razon, pues él no ha oido decir á V. M. sino que le mantendrá, que es lo mismo que defenderá, por lo cual no se concluye necesariamente desafio, parece que en la respuesta V. M. hablase como quien acepta esta batalla con las causas y justificaciones que V. M. tiene de que ha resultado la guerra universal en la cristiandad; pareceria siendo V. M. servido que de esto se tuviese mucho cuidado, pues va en ello tanto como V. M. ve, porque si á V. M. compete la eleccion de las armas, no es razon que el Rey de Francia usurpe esto porque se desvergüenza á pedillas; que aunque V. M. con su grande ánimo no mire en esto por lo que toca á su persona Real, mucho debe y es obligado á mirarlo por lo que toca á sus reinos y á toda la cristiandad. Escogiendo V. M. las armas parece que el asegurar el campo incumbe al Rey de Francia por la costumbre que hoy se guarda; mas si V. M. le hobiese de asegurar, hecho discurso de todos los Reyes, parece que nadie le puede mas convenientemente al presente asegurar que el Rey de Portugal si

En lo... á la respuesta del cartel digo que á mi juicio se debe tener por notorio que las palabras que V. M. mandó decir y despues escribir, son tales que como muy verdaderas V. M. las puede y debe mantener, pues las dijo constando

como consta claramente por los capítulos de la paz y por sus cartas haber faltado el Rey de Francia en todo lo que prometió, y no solamente en aquello que le pudiera excusar en algo la dificultad, pero aun en todo lo que ha estado y está enteramente en su mano de cumplir, que era volver á la prision como juró y prometió; que de aquella su excusa que dice que todo hombre guardado no puede haber obligacion de fe, como de cosa notoriamente falsa por el derecho de las gentes y por toda costumbre guardada, no hay necesidad que yo la diga. A lo que dice que V. M. no le responda sino que le asegure el campo, me parece que V. M. ni puede ni debe dejalle de responder, así para justificar y declarar su querrela como para cargalle de aquello que V. M. por su consejo hallare que le puede cargar; que aunque á todos es notorio que son muchas y muy grandes causas, siempre parecerá cosa dina (1) de V. M. que se pongan las importantes y necesarias y claras con la honestad de palabras que se requiere por decillas V. M., y que las otras se callen. Parece tambien que seria razon que pues V. M. por su magnanimidad y grandes respetos le quiso de inhábil hacer hábil, que en la respuesta del cartel se debe hacer de esto expresa mencion, para que se conozca en esto la grandeza del Real corazon de V. M., y que crean que no se pudo esto hacer sino con tan gran causa y tan justa como es la que V. M. tiene para decirle lo que le dije, y esto se debe hacer con gran consejo porque no pueda parecer soberbia é inadvertencia habelle hecho tanta gracia como fué habilitarle. Y porque parece á muchos que el Rey de Francia escoge las armas contra razon, pues él no ha oido decir á V. M. sino que le mantendrá, que es lo mismo que defenderá, por lo cual no se concluye necesariamente desafio, parece que en la respuesta V. M. hablase como quien acepta esta batalla con las causas y justificaciones que V. M. tiene de que ha resultado la guerra universal en la cristiandad; pareceria siendo V. M. servido que de esto se tuviese mucho cuidado, pues va en ello tanto como V. M. ve, porque si á V. M. compete la eleccion de las armas, no es razon que el Rey de Francia usurpe esto porque se desvergüenza á pedillas; que aunque V. M. con su grande ánimo no mire en esto por lo que toca á su persona Real, mucho debe y es obligado á mirarlo por lo que toca á sus reinos y á toda la cristiandad. Escogiendo V. M. las armas parece que el asegurar el campo incumbe al Rey de Francia por la costumbre que hoy se guarda; mas si V. M. le hobiese de asegurar, hecho discurso de todos los Reyes, parece que nadie le puede mas convenientemente al presente asegurar que el Rey de Portugal si

(1) Dina por digna.

respuesta de su demanda, especialmente señalando V. M. lo mismo que pide y tan enteramente; lo cual V. M. pudiera excusar con muchas y grandes causas. Por cierto, Señor, nunca vi ni oí que en honra ajena el enemigo tuviese poder para que conforme á esto cada uno dejase de responder conforme á la estimación que su dueño la tuviese; porque si el enemigo tuviese poder para limitar la respuesta de su demanda, todos los que desafían quedarían muy honrados, porque la respuesta sería á su contentamiento. Párceme, Señor, que el mejor parecer que á V. M. se puede dar entre vuestros vasallos y súbditos que somos, es el que el mismo Rey de Francia le da por su ejemplo callando y no oyendo vuestra respuesta, y no querer mas que en esta cosa se platique, y que V. M. se contente con lo hecho; que esto quiere decir en buen entendimiento, que así Dios me salve, que como otras veces le he escrito, tantas ventajas le tiene V. M. en la honra de esto que ha pasado, cuanta siempre le hace y ha hecho el campo de V. M. al suyo en Italia; y creo que publicado esto en vuestros reinos, todos estarán de este parecer que en esta cosa no se hable mas; que pues el Rey de Francia calla, V. M. debe hacer lo mismo; que bien creo que se le debe haber quitado la pasión con que á V. M. escribió, pues tan injusta causa le hizo no querer oír al rey de armas. Plega á nuestro Señor que de todas las cosas que á V. M. tocaren en honra y acrecentamiento de vuestro Real estado, salga como en esto ha salido; que Dios que tanto cuidado tiene de favorecer las cosas de V. M., lo subirá todo en la cumbre, si mas puede subir, como vemos por experiencia muy clara que lo hace; y lo que yo desto huelgo y tengo contentamiento, él es testigo dello. Nuestro Señor S. S. C. C. M. guarde y su Real estado prospere. De Guadalupe 10 de octubre de 528 años.—Poderoso Señor.—Las M. de V. M. B.—El Duque.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey nuestro Señor.
En el membrete.—Del Duque del Infantado á 10 de octubre.

CARTA DEL DUQUE DE MEDINACELI AL EMPERADOR.

17 de octubre de 1528 (1).

S. C. C. M.—Aunque teniendo tanta experiencia en todas las cosas, cuando mas en este negocio que tanto importa, habia poca necesidad de mi parecer; por cumplir el mandamiento de V. M. no dejara de decirlo, y es que pues el Rey de Francia envió á desafiar á V. M. con su rey de armas, y V. M. aceptó el desafío y envió

(1) Ya en 12 de junio de este mismo año habia escrito el Duque de Medinaceli una carta breve y respetuosa á S. M., en que se le ofrecia con su persona y casa, condesciendo á otra del Emperador.

la respuesta del cartel con Borgoña rey de armas y la patente para el campo, certificando por él que irían caballeros de cada parte con poderes bastantes á entender en el asiento y seguridad de él, y eleccion de las armas, que pues no quiso oírle ni dejar hacer su oficio como se acostumbra, que V. M. ha cumplido con lo que es obligado á su honra, porque si de aquí adelante el Rey de Francia quisiese hablar mas en ello, á aquello podría V. M. responder como á cosa nueva; aunque pareciendo á V. M., figúrase á mí que no sería inconveniente demas de todas las diligencias que V. M. ha hecho, que han sido tan bien guiadas que no se podrian mejor ordenar, se hiciese alguna diligencia pública, así para lo que conviene al caso como para que todo el mundo conociese claramente cuan bien se habia cumplido por parte de V. M., como porque si el Rey de Francia quisiese hacer alguna diligencia para dar á entender lo que á él le pluguiese, supiesen como sabemos que por V. M. no ha quedado ninguna cosa por hacer para efecto de ver el fin de la batalla. Y si alguna cosa de estas pareciere á V. M. no se dice tan al propósito como se requiere, á V. M. suplico reciba mi voluntad y la regla con su discrecion y prudencia tomando de mí la intencion con que lo digo, pues es desiendo el servicio de V. M., cuya Real Persona nuestro Señor guarde y ensalce por largos años.—Las R. M. de V. M. besa.—El Duque.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey de los reinos de España.

En el membrete. A S. M.—Del Duque de Medinaceli á los 17 de octubre.

EPITAFIO

PARA EL SEPULCRO DE UNA NIÑA.

¡Pobre flor! furioso el viento
Soplando en tu humilde cuna,
Arrebató una por una
Tus hojillas, ¡pobre flor!
Apenas sobre la tierra
Fresca, pura, soureiste,
Por siempre desapareciste,
Sí, por siempre, ¡pobre flor!—J. N. N.

Los hombres no pueden asegurar el porvenir solo las instituciones fijan el destino de los pueblos.—Napoleon.

El honor y el deber, inspiran el verdadero valor; y la ambicion produce la temeridad.—Norvins.

Los hombres se avergüenzan menos de sus crímenes, que de sus debilidades.—L. B.



LOS CEMENTERIOS.

En todas épocas y en todas las naciones, los cementerios ó panteones han sido el objeto de la atencion de los vivos. Los egipcios tenían especial cuidado en conservar sus muertos y prepararles convenientemente su última habitacion, segun el rango y la fortuna de que gozaron en vida: entre los turcos, los cementerios son acaso los sitios que se adornan y embellecen con mas esmero, procurando, por decirlo así, hacer olvidar con la pompa y lozania de las flores, las ideas tristes que inspira la vista de la postrimer morada de la deleznable raza humana. En las grandes naciones europeas, los panteones son objetos que visita con admiracion y curiosidad el viajero. Windsor y Westminster en Londres, y Le Pere, la Chaise y Montfaucon en Paris, dicen los viajeros que merecen una atenta contemplacion, por la belleza de algunos mausolcos y la magnificancia que ostentan en su totalidad.

Parece que los antiguos mexicanos, y otras naciones que poblaron la América antes de la conquista, tenían, como los egipcios, el secreto de embalsamar los cadáveres (1), y gustaban de sepultarlos en catacumbas subterráneas ó pirámides; mas durante la dominacion española, este secreto, así como otros que habrian servido de mucho al mundo, quedó ignorado para siempre, y los indios tomaron el partido de sepulturar á sus grandes personajes en las grutas y cavernas de las montañas (2).

Después se construyeron templos cristianos, y en las bóvedas de ellos, ó al pié de los altares, se enterraban todos los cadáveres, lo cual tenia el grave inconveniente de que la putrefaccion se hiciera sensible al aliento en las iglesias, hasta un

(1) Hace algun tiempo que se encontró, segun recuerdaen Santiago Tlalhelco, una momia perfectamente conservada, y la cual se halla hoy en el museo nacional.

(2) Recuerdo haber leído que en la gruta de Cacahuamilpa, se encontró una momia perfectamente conservada.

grado increíble. Quizá por esta causa, así como por las pestes que en algunas épocas han desolado á Mexico, se mandaron construir panteones en los suburbios de la ciudad. Creo que el de S. Lázaro y el de Santa María la Redonda fueron los primeros; mas la premura del tiempo me ha impedido indagarlo, y si en esto cometo alguna equivocacion, la reformaré con gusto. Posteriormente se edificaron los de S. Pablo, S. Fernando y la Santa Veracruz, y en tiempo del cólera, en que la mortandad diaria era considerable, se abandonó el cementerio de S. Lázaro, y se sustituyó con el de Santiago Tlalhelco, punto mejor ventado que el primero.

En fin, abolida afortunadamente la práctica de enterrar en las iglesias, se hallan en la actualidad en Mexico los panteones ó cementerios siguientes: Nuestra Sra. de Guadalupe, S. Pablo, S. Fernando, la Santa Veracruz, Nuestra Sra. de los Angeles, el Sepulcro de padres dominicos, y Santa Paula.

De este último debe hacerse particular mencion, pues los anteriores son simplemente unos recintos rodeados de nichos embutidos en la pared, donde se sepultan los cadáveres.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, me dirigí á Santa Paula (3), acompañado de un amigo poeta, lleno de esa tristeza y melancolía habitual en un joven pensador. Es una hora misteriosa en que las luces del dia se van estinguendo gradualmente, en que las brisas comienzan á esparcir su fresca y aromas, y en que se escuchan las últimas armonías del himno vespertino que eleva la naturaleza á Dios. Así, para visitar un cementerio, para orar sobre la tumba de un amigo, ó esparcir flores y llanto sobre el sepulcro de una madre ó de una querida, es menester escoger una hora de meditacion y de melancolía, en que crea-

(3) Santa Paula está situado en el mismo lugar donde antes estaba el camposanto de la parroquia de Sta. Maria la Redonda.

mas ver á las sombras amigas, que como brillantes apariciones iluminaron un instante nuestra vida, y se extinguieron en el polvo misterioso de las tumbas.

La entrada es por un puente angosto de madera, echado al través de una acequia cenagosa; pero desde allí se descubre una calzada enlosada, con unos hermosos balaustrados de piedra á los costados; y allá en el fondo de la calzada, se divisa la capilla mortuoria donde la religión reza sus últimas y tristes plegarias por las almas de los difuntos. Penetrando á esta calzada se miran de uno y otro lado naranjos, rosales, mirasoles, jazmines y violetas, que embalsaman este recinto de la muerte.

Imposible es describir la dolorosa sensación que se apodera del alma, cuando se contemplan aquellas flores galanas y vistosas, que alzan al cielo sus corolas, que dan al viento sus aromas, y aquellos colibris y gilgueros que se mecen en los sauces lorrones, y vuelan y pujan en las cornisas de las tumbas que encierran la miseria, la corrupción, el polvo... la nada...

Es raro que se pase algún día sin que un pobre mortal deje de ir en su estrecho ataúd á dormir el sueño eterno entre las flores y los naranjos de Santa Paula. Cuando entré, un gran número de carruages espléndidos estaban parados en la puerta; y en la capilla, vestida de luto, lígubre é imponente con la fulgurante luz de unos cirios de cera, entonaban los sacerdotes la plegaria de difuntos: las campanas de las torrecillas, pintadas de negro y con sus cruces doradas, hacían resonar de tiempo en tiempo su pausado y tristísimo sonido. El doble es el llanto de las campanas.

Al derredor del jardín que rodea á la capilla, hay una espaciosa galería, en cuyo fondo están los nichos de los muertos. Cada nicho está cubierto con una lápida de mármol ó de metal, y en las lápidas hay grabadas con letras de oro, de plata y de esmalte, epitafios y poesías, entre las cuales se notan algunas dignas de atención. Pero ¡cuán distantes están estas poesías de expresar los dolores del corazón y los sentimientos del alma! ¡Habrá poesía que pueda expresar lo que siente un hijo cuando pierde á su madre, un esposo á su esposa, un amante á su querida, una madre á su pequeño ángel...?

Una generación entera duerme silenciosa y quieta en el panteón de Santa Paula. Todos los sexos, todas las edades y todas las condiciones, se hallan allí reunidas, agrupadas, hechas polvo... Jóvenes de veinte años, muchachas de quince, niños... ¡Oh Dios mío! ¡Cuántas existencias marchitas! ¡Cuántas esperanzas malogradas! ¡Cuántas vírgenes, castas y puras, que tenían una existencia pomposa, brillante como las flores del jardín, tropezaron con sus pequeños

piés en el sepulcro, y se hundió allí entera toda su vida de placeres y de ilusiones!

Al ver los mirasoles que nacen junto á estas tumbas, con sus hojas de oro, frescas y esmaladas, inclinarse hácia el sol, se me vino á la mente una idea. Así como estos mirasoles, inclinamos los hombres nuestra alma al sol de la felicidad: así como estos mirasoles, vemos tristes, afligidos, desaparecer el último rayo de la luz, y esperamos que el día siguiente será mejor... ¡Ah! y nunca llega ese día: siempre deslumbrados con una claridad fantástica, corremos en pos de la dicha, y cuando creemos alcanzarla, nuestro pie se desliza en la eternidad.

También estos mirasoles morirán. Vendrá un viento helado, y desaparecerá el oro y el esmalte que mitiza sus hojas. Vendrá el aquilon, y esparcirá por el suelo sus hojas secas y marchitas. Nada quedará de la flor, como nada queda del hombre.

Vagando así por entre aquella numerosa familia de cadáveres, vine á dar frente de un túmulo cuya construcción se está concluyendo. Nada he visto mas bonito que este gótico catafalco, con sus ventanas ojivas, sus graciosos florones, y sus agujetas delgadas y primorosas. Concluido este monumento será digno de verse, tanto mas, cuanto que este género de arquitectura tan bello, solo es conocido en México por las estampas. Siempre he pensado como Diógenes, que despues de muerto tanto vale reposar en una ignorada sepultura, como entre el mármol; pero la vista de esta tumba me agradó tanto, que estoy por decir tuos grandes deseos de morir, á condición de ser enterrado en un lugar semejante.

En la área del panteón hay esparcidos otra porción de túmulos; pero su construcción es demasiado común, y no ofrece cosa particular, excepto una columna, que blanca y esbelta, descuellos entre la verdura del cementerio; y la cual se construyó hace pocos días para depositar (como se hizo) la pierna que el general Santa-Anna perdió en las playas de Veracruz.

Ya las sombras bajaban rápidamente á la tierra: uno que otro hombre enlutado vagaba por la galería leyendo los epitafios; y los sepultureros, que esa tarde enterraron un difunto, se retiraban envueltos en sus frazadas, silbando una canción popular. Lleno de tristeza, y casi envidiando la paz y el reposo de aquella multitud de muertos que dormían quietos en sus nichos, me retiré pensando, que es muy grato tener una esperanza, y conservar una religiosa creencia en el corazón, de que saliendo de este mundo de duelo y de lágrimas, hay detras de la tumba una vida eterna.

Octubre de 1843.—MANUEL PAYNO.

La historia de los reyes, es el martirologio de las naciones.—Gregoire.

CRONICAS INGLESAS.

LA FAMILIA DE ENRIQUE I, REY DE INGLATERRA.

LOS REHENES (AÑO DE 1119).

Entre los turbulentos súbditos del rey de Inglaterra, ninguno habia mas temible que Eustaquio, conde de Breteuil. Con el objeto de asegurarse la fidelidad de este alto vasallo, Enrique I le habia dado por esposa á su hija natural Juliana, á quien amaba tiernamente; y muy pronto la joven condesa se vió madre de dos hijos de una belleza y dulzura tan angelicas, que hubiera sido difícil reconocer en ellas la sangre de su fogoso abuelo.

Repetidas veces habia suplicado Eustaquio á su suegro que le concediese la torre de Irvy, fortaleza inspeguable y que causaba grandes inquietudes al conde de Breteuil, por ser la llave de sus estados. Enrique se habia negado constantemente á deshacerse de este punto importante; pero con el objeto de probar á su yerno, que al rehusarse no lo hacia con intencion hostil, habia obligado á Raoul de Harenc, gobernador de la torre, á que entregase su hijo único en rehenes á Eustaquio de Breteuil; por otra parte, queriendo aquietar la ternura paternal de Raoul, conservó en su poder las dos hijas del conde, obligándose á no entregarlas ni al padre ni á la madre, sino en cambio del joven Arturo de Harenc.

Una hermosa mañana de invierno, Raoul conversaba en los baluartes de su fortaleza con su fiel compañera, cuando repentinamente vió acercarse por la llanura una tropa numerosa de caballeros y soldados, que se dirigian hácia la torre al mando de Eustaquio de Breteuil. El fiel gobernador estaba tan lejos de temer una traición, que no pensó ni en poner su guarnicion sobre las armas.

Bajad el puente levadizo, Raoul de Harenc, gritó Eustaquio tan luego como hubo llegado á la orilla del foso, y entregad esta torre al yerno de vuestro goberno.

—¡Teneis órdenes firmadas del rey que comunicarme! preguntó Raoul.

—No tengo mas órdenes que transmitirlos que mi nombre, y este basta; jamas se le ha desobedecido.

—Entonces, bien podeis retiraros, replicó

TOM. II.—XIV

Raoul; á menos de que querais aprender á vuestra costa, que los muros de Ivry son tan inexpugnables, como la lealtad de su gobernador.

Una gruesa piedra, lanzada por una honda, vino á caer á los piés de Raoul, despues de pasar muy cerca de la cabeza de su muger.

—¡Traicion! gritó de Harenc. Maria, retirate, ¡A las armas! ¡A las armas!

—Monseñor, respondió la joven helada de espanto: nuestro hijo está en poder de ese hombre.

—No se atreverá á tocar un solo cabello de su cabeza; sabe que el rey tiene á sus hijas en rehenes.

El asalto comenzó en el momento. Multitud de faginas cayeron en los fosos: se fijaron escaldas contra las murallas de la torre; pero Raoul y sus guerreros defendieron valientemente su puesto, y la fortuna favoreció la causa de la justicia. Las escalas cargadas de combatientes fueron hechas pedazos y derribadas. El conde de Breteuil, que salió herido en la retregia, comprendió que del asalto no podria obtener un feliz resultado.

—Raoul, gritó, persistis aun en no entregar las llaves al yerno de vuestro soberano?

—Solamente las entregaré al que me pueda libertar de mi juramento.

—Pues bien: mirad ahora de qué manera vamos á asaltar la torre que defendeis.

Al decir estas palabras, elevó en sus brazos un niño que derramaba amargas lágrimas.

—Permanece el gobernador de Ivry, continuó Eustaquio, tan firme como las murallas de su torre!

—Conde Eustaquio, respondió Raoul con demudada voz, no os atreveréis á cometer un crimen tan infame. No os hablare de Dios, porque es imposible que creais en él, vos que usais de un medio tan vil para hacerme faltar á mi deber; pero vuestras hijas, que están aún en poder del rey mi amo, responden de la seguridad de mi hijo.

—¡Insensato! replicó Eustaquio con una estrepitosa carcajada: ¡pensais que para vengar al hijo de uno de sus oficiales, quiera el rey derramar su propia sangre! Juliana, condesa de Bre-

teuil, acariacía en este momento á sus dos hijas en mi castillo. El rey os ha fallado, ¿qué importa que vos lo falseis tambien?

—¿Es posible? murmuró Raoul, trémulo de espanto.

—Ea, repuso Eustaquio, concluyamos; dame las llaves, y quedáremos tan amigos como siempre; á pesar de que me habeis matado algunos de mis mejores soldados.

—Si acaso es cierto que el rey Enrique hace traición á sus vasallos, Dios lo ha de castigar; pero jamás tendrá derecho de decir, que Raoul de Harenc le ha dado el ejemplo de semejante felonía. Conde de Breteuil: fuera de estos muros podéis hacer lo que mejor os cumpla; pero ningún crimen que cometáis, será capaz de hacerme abrir las puertas de esta torre.

—Pues entonces, gritó Eustaquio; mirad á vuestro hijo; contemplad con atención sus hermosos ojos llenos de fuego: esta será la última vez que os gocéis en ellos.

Un chasquido de armas se oyó al derredor del joven de Harenc, y este lanzó un sordo gemido. El semblante cubierto de cicatrices de Raoul, se puso horriblemente pálido, y los defensores del fuerte se sintieron mas conmovidos por este débil grito, que por el asalto de los guerreros del conde. El gobernador se alejó de los baluartes, para no ver realizarse á su vista la amenaza de Eustaquio.

Pocos minutos despues sonó una trompeta al pé de la torre. Raoul volvió á aparecer sobre las murallas, lleno de angustia. Sin embargo, una esperanza vaga se mezclaba á su dolor. Su hijo no ocupaba ya el sitio en que le habia dejado al tiempo de retirarse.

—No veo en su cadáver, decía para sí; no desesperemos todavía.

—Me habeis pedido, dijo Eustaquio, las órdenes del rey relativas á la rendición de la fortaleza. Ahí os las remito dentro de esa caja.

Un cofrecito sellado fué puesto en manos de Raoul. Solamente él vió lo que contenía; pero varias personas observaron que salían de él algunas gotas de sangre. Apenas lo hubo abierto, cuando lo volvió á cerrar con un movimiento convulsivo.

—Raoul, ¿obedeceréis por fin? gritó Eustaquio con aire de triunfo.

—Una lluvia de flechas fué la respuesta del gobernador.

—Mañana volveré, continuó el conde. Pensadlo bien, Raoul. Hoy os he comunicado mis órdenes; espero que no me obligareis á transmitir otras mas terminantes.

Diciendo esto, Eustaquio y sus tropas se alejaron á galope.

Al anochecer de ese mismo dia, Enrique I estaba solo en los aposentos particulares que tenia

en su palacio de Rouen. Habia tenido en la mañana que presidir un consejo, y en la tarde que oír un sermón, de suerte que sentia vivamente la necesidad de deponer los graves cuidados de la corona, para no ser ya mas que padre de familia. Apartó el tapiz que cubria una puerta lateral, y llamó en alta voz:

—Rosamunda! ¡Inés!

Al momento dos graciosas niñas, de luenga y rizada cabellera, entraron al aposento y se cogieron del cuello del rey, pasando sus pequeños y torneados dedos por su barba blanca, riendo, gritando, y llenándolo del placer mas puro con sus inocentes caricias.

—Mucho habeis tardado, papá, dijo Rosamunda, que era la mayor.

—Hijas mías, dijo el rey: he estado esta mañana en el consejo.

—¿Y qué es el consejo? pregunto Inés, ¿es alguna cosa muy bonita?

—No, respondió Enrique, no es bonito; pero es útil.

—Es decir, que entonces será como esos pergaminos viejos que nos hacen deletrear, replicó la niña.

No describirémos la pequeña escena de familia que se siguió á estas palabras; baste decir que hay veces en que los reyes son hombres lo mismo que todos, y tan sensibles al amor paternal, como el mas insignificante plebeyo.

Jugaba Enrique con sus dos nietas, cuando un ruido que se oyó en la ante-cámara vino á turbarlos. La condesa de Breteuil entró en el aposento, y sus hijas se abalanzaron á su cuello.

—Eres tú, mi querida Juliana! dijo el rey; no te esperaba por cierto. ¿Que áires son los que te traen aquí?

—Señor, tartamudeó la jóven: mi marido está gravemente enfermo, y me ha enviado con el objeto de suplicaros que le permitáis que vea por última vez á sus hijas.

—¿Está enfermo de gravedad? preguntó el rey. Esta es la primera noticia que de ello tengo. Refiéreme todo lo que ha sucedido, hija mía.

—Señor, repuso la condesa de Breteuil, volvia de cazar el javalí....

—¿Cómo está eso? ¿Mi yerno caza el javalí? Pues eso sí que es extraño, porque antes lo que le agralaba era cazar á los barones sus vecinos.

—Sí Señor; y á su vuelta, acalorado con el ejercicio, cometió la imprudencia de beber un gran vaso de agua fría.

—¿Yaya otra cosa extraordinaria? Mi yerno bebe agua... pues á fe mía, que la transformación es completa.

—Sí señor, y le ha atacado una fiebre, voraz.

—Es decir que su vida está en peligro.

—Sí, señor; cast no hay esperanzas de salvarle, y desea ardientemente despedirse de sus hi-

jas. No le negaréis este consuelo, ¿es verdad? padre mío! Seria para vos una fuente de continuos remordimientos, el haber deseído las súplicas de un padre moribundo.

Al decir Juliana estas palabras, su turbacion, su empacho y su trémula voz, indicaban sobradamente que no decía la verdad. Lo que enrealidad habia era, que sus lágrimas y sus fervientes súplicas no habian sido capaces de hacer desistir al conde de su culpable proyecto, y que el amor maternal la habia impellido á tratar de recobrar á todo trance á sus fiernas hijas del poder de Enrique.

—No puedo concederte lo que me pides, Juliana, dijo el rey, que dudaba de la sinceridad de su hija. Mientras que el hijo de Raoul de Harenc esté en poder de tu marido, estas niñas son las que responden de su seguridad. Tráedme al joven Arturo, y Rosamunda é Inés os serán entregadas en el momento.

—Padre mío, os lo suplico; miradme á vuestros pies.... El tiempo es precioso.... Juro que Eustaquio está en el lecho de muerte; juro que los instantes de su vida están contados.... ¡No despedacedis mi corazón!

El rey se sintió conmovido. Engañado por la desesperacion de la jóven, no pudo resistir á sus instancias. Juliana, estrechando á sus hijas contra su corazón, se preparaba á partir, cuando un hombre faldado, sudoroso y pálido como la muerte, entró con violencia en el aposento, y le obstruyó el paso. En un abrir y cerrar de ojos se apoderó de las dos niñas, á pesar de los esfuerzos de la desgraciada condesa. Gran número de caballeros armados entraron en pos del desconocido, y antes de que el rey pudiese pronunciar una sola palabra, ya habian formado al derredor de los rehencs una barrera insuperable.

—¿Qué es esto? gritó Enrique. ¿Quién es el temerario que así pone la mano sobre las nietas de su rey?

—Señor, respondió Raoul de Harenc, cuyo semblante estaba tan inmutado que era muy difícil conocerle; aquí no hay ningún temerario, lo que hay es un poder muy superior al rey mismo.

—¿Y cuál es ese poder? preguntó Enrique irriado.

—La palabra de honor del rey.

—Mi palabra de honor!

—Sí señor; la palabra real que me disteis á mí, Raoul de Harenc, de que mi hijo permanecerá seguro; la palabra que me disteis sobre la cabeza de vuestros rehencs.

—¿Yos aquí, Raoul de Harenc! ¿Y con qué autoridad habeis abandonado la torre de Irvy?

—La torre de Irvy no necesita de arqueros ni de máquinas de guerra para defenderse. Estas dos niñas son suficientes....

—¿Y qué quereis hacer con ellas? preguntó Juliana aterrada.

—Justicia, respondió Raoul. Eustaquio, conde de Breteuil, ha arrancado los ojos á mi hijo; es justo que sus hijas sean tratadas del mismo modo.

—¿Padre mío! esclamó la condesa lanzando un grito de dolor. No permitais semejante atrocidad.... No, no, no la podéis permitir. Sois rey, sois padre, sois hombre. Cualquiera de estos títulos es suficiente para obligaros á impedir un hecho tan horrible, una crueldad tan inaudita.

—Vuestro marido, repuso Raoul, me ha forzado esta mañana á hablarle en esos mismos términos; pero ha sido en vano.

—Raoul, interrumpió el rey, á mí me toca decidir este asunto; sea cual fuere mi decision, esijo que me devuelvas esas niñas.

—¿Por qué no me decís de una vez que las restituís á vuestra hija? esclamó amargamente Raoul. Sois mi rey y seréis obedecido.... Os debo respeto y sumision. Cierro es que el dia que me arrancasteis á mi hijo para entregarlo al conde de Breteuil, os dije con el acento de la desesperacion: «Señor, es mi hijo único; es para mí y para mi familia, lo que para vos y para la Inglaterra es el príncipe de Gales; pronto lo inmolará el conde Eustaquio, y el cadáver de mi hijo será el primero que caiga en los fosos que circundan la fortaleza de Irvy.» Pero vos no me quisisteis dar oído, y mi hijo pasó á ajeno poder. Cierro es tambien que me respondisteis: «Yo, tu rey, cuya palabra es sagrada, retendré en rehencs á los dos hijos de Eustaquio, y ellas responderán de la seguridad de tu hijo; será sangre por sangre.» Cierro es que el conde de Breteuil, como os lo acabo de decir, ha sitiado la torre de Irvy, y que yo á la cabeza de mis soldados me he espuesto á sus tiros ciertos. Cierro es, igualmente, que viendo estrellarse sus esfuerzos contra mi firme resistencia, el bárbaro ha arrancado los ojos á mi Arturo, y me los ha enviado en una caja, sellada con el pomo de su espada de caballero. Cierro es, por fin, que puede hacer padecer nuevos tormentos á ese desventurado á indeseño niño, antes de quitarle la vida; pero nada extraño hay en todo esto.

El hijo de un miserable vasallo no puede servir mas que para ser inmolado como su padre. Las hijas del conde son princesas.... Serán restituídas sanas y salvas á su padre, sin que se toque un solo cabello de sus cabezas.... Sin embargo, cuando el traidor me enseñó á mi pobre niño, cubierto de lágrimas, y me dijo que contemplase sus hermosos ojos por la última vez; yo que soy padre; yo que no tengo mas que ese hijo en el mundo, resistí á las lágrimas de su madre, y decidí á cumplir con mi deber, me aparté de los baluartes para no presenciar el suplicio del hijo de mi sangre.

Al oír estas palabras, pronunciadas por un padre desesperado y lleno de indignación, Enrique se quedó estupefacto, y Juliana sin respiración, y como paralizada, no hizo más que echar sobre él una mirada deprecatoria.

—Señor, exclamó Estevan Osborne, uno de los caballeros que habían entrado con Raoul: algunos de nosotros hemos dado igualmente rehenes al rey; y si Raoul de Harenc no obtiene hoy una venganza tan pronta como terrible, más de un brazo leal, que sin eso hubiera seguido combatiendo por vos, hará pedazos su espada.

—No quiero una rebelión, respondió Enrique con aire vacilante. Si un rey dobla su cuello con tanto dolor, bajo el yugo de un juramento, ¿quién se atreverá á quebrantarlo? Juliana, un solo recurso te resta: implora la clemencia de Raoul para con tus hijas; porque tus hijas le pertenecen.

La joven lanzó un profundo gemido.

—Raoul, dijo el rey, mira la desesperación de esa pobre madre, y la de tu rey; mira la poca edad y la inocencia de esas niñas. No te mostrarás tan desapiadado como Eustaquio de Breuteuil; serás misericordioso.

—Misericordioso! gritó de Harenc. ¿Existe aun por ventura esa palabra?

—Raoul, dijo Juliana abrazando las rodillas del gobernador; tenéis una mujer, una mujer que es madre. . . Me someto á vuestra decisión, si ella la confirma después de ver á mis hijas; á mis hijas, inocentes de las crumeldades que con vuestro hijo se han ejecutado.

—Sí, respondió Flarenc con amargura; las perdono como ella puede en la actualidad perdonarlas.

—Temo comprenderos, repuso Juliana.

—Ha muerto de dolor, respondió de Harenc.

—Raoul exclamó el rey en tono de súplica.

—Señor, dijo el gobernador, la noche se acerca. Mañana volverá el conde Eustaquio de Breuteuil á atacar vuestra buena fortaleza de Ivry. Apenas me resta el tiempo suficiente para llegar. Forzoso es que parta, y que me lleve mi venganza.

—Diciendo esto desapareció con las dos niñas, y Estevan Osborne imploró que Juliana se lanzase en pos del robador de sus hijas. . .

Al día siguiente, en el momento en que Eustaquio de Breuteuil se acercaba á los muros de Ivry, le fué devuelto el cofrecillo ensangrentado con una tarjeta, en que leyó el conde estas palabras:

—Vuestras hijas viven aún: si queréis salvarlas, respetad la vida de mi hijo Arturo.

En la mañana del día siguiente, Eustaquio rebelado contra el rey de Inglaterra, militaba bajo las banderas de Luis VII. Enrique I marchó en persona contra su yerno. Incapaz de resistir á

un adversario tan temible, Eustaquio abandonó á Breuteuil, no pudiendo llevarse consigo á Juliana, á quien su estremada debilidad impidió seguirle en la fuga.

Enrique no encontró resistencia bajo los muros de Breuteuil, cuyos habitantes se apresuraron á entregarle las llaves. Después de la diputación, se presentó Juliana con paso vacilante y mas pálida que un cadáver. Había envejecido en unos pocos días, sus ojos centelleaban con un brillo extraño, y por su semblante se veía difundida una expresión de sombrío abatimiento que no se hubiera podido distinguir si era la calma de la conformidad, el estupor de la desesperación, ó el recogimiento de una venganza pronta á estallar.

—Juliana, hija mía, dijo Enrique, perdóname; mi juramento me obligaba á hacer lo que hice; mas creíame, Juliana, he padecido tanto como tú.

—¿Padecido tanto como yo! respondió la castellana, cuyo semblante estenuado agitó por un momento una espantosa sonrisa; ¡oh, sí, lo creo, Señor! Una palabra vuestra bastaba para salvar á mis hijas, y esa palabra no la pronunciasteis. Puede ser que otro padre no hubiera comprometido la existencia de las hijas de su hijo. Pero, ¿qué importa! Erais rey, y para un rey su familia no es mas que una propiedad; dispone de ella según mejor le cumple á su antojo, su interés ó su ambición.

—Eres injusta, Juliana, exclamó Enrique; Dios es testigo de que he sido cruelmente castigado por el consentimiento que Raoul me arrancó para satisfacer su venganza. Juliana, hija mía, perdóname.

—Yo os perdono, respondió Juliana, en tanto que una lágrima humedecía sus párpados ardientes; pero hasta ahora no habeis cumplido mas que con vuestros deberes de rey. Tiempo es ya de que consoleis á vuestra hija adolorida; despedid á los caballeros que os rodean, á fin de que pueda verter mi llanto en vuestro pecho.

El rey hizo seña á sus oficiales de que se retirasen á cierta distancia.

—Señor, le dijo en voz baja Estevan Osborne, no os alejéis demasiado; temed una traición de parte de los vasallos del conde de Breuteuil.

—Estoy con mi hija, respondió Enrique.

—Venid, padre mío, dijo Juliana, venid; des- seo hablar á solas con vos.

Juliana condujo á su padre sobre los parapetos.

—¿Qué tenias que decirme, querida hija mía! dijo Enrique.

Juliana se levantó repentinamente, y estó á Enrique por el perpuente.

—Tengo que decirvos, exclamó tomando una expresión terrible de rabia y de delirio, que pa-

recia haber arrancado la máscara hasta entonces puesta á sus facciones: lo que tengo que decirvos es, que estais cubierto con sangre de mis hijas; porque vos las entregasteis á Raoul, y Raoul para vengar á su hijo, muerto de resultas de la herida, la degollado á mis hijas. En castigo de este crimen, rey de Inglaterra, vais á morir.

—¡Morir! exclamó Enrique, ¡oh! sin duda no será por mano vuestra. Esto sería muy horrible.

—No, no será por mi mano. La condesa estendió el brazo, y al mismo instante una flecha hirió el aire, y vino á estrellarse contra el pecho del rey. Felizmente tenia debajo del perpuente una cota de malla impenetrable, que rechazó la jara sin dejarla penetrar al cuerpo. Muy pronto Enrique se vió rodeado de sus caballeros, que le formaron con sus cuerpos una muralla de hierro. Juliana, despues de lanzar á su padre una mirada de rabia, se precipitó en el foso profundo que circundaba el castillo de Breuteuil, y las aguas cenogosas se cerraron haciendo burbujas sobre su cabeza.

(Traducción del inglés para el Museo, por Agustín A. Franco.)

LA FLOR SOLITARIA.

¡SUBLIME soledad! en tu silencio

Triste suspira el pecho congojoso,

Y al Sér supremo en canto religioso

Levanta melancólica oracion.

¡Sublime soledad! abre tu seno,

Y al resonar mi mística plegaria,

Acoge de mi lira solitaria

La dolorida ruda vibracion.

Hora que muelle la cansada luna

Triste derrama su fulgor divino;

Hora que el dulce viento vespertino

Susurra apenas de la noche en pos,

Y que en el cielo azul brotar se miran

Una por una fulguradas estrellas;

Escucha, pues, mis tímidas querellas,

Y alivia mis pesares, santo Dios.

Hijo del hombre, en este mundo vivo

Juquete de la muerte incontrastable:

Tu compusion de un sér tan miserable,

Y templa tus enojos, por piedad,

Desde mi tierra exil, llorando siempre,

Te he pedido en mis cuitas un consuelo;

Oye mi voz, Señor, calma mi duelo;

Grande es mi culpa, inmensa tu bondad.

¡Felices séres por do quier contemplo,

Felices séres que tu mano creara;

La mano que felices los formara,

¡Por qué no alivia mi pesar, Señor!

Al despuntar la aurora nacarada

Alzan las aves cantos de alegría;

Yo profano su rística armonía

Con gritos penetrantes de dolor.

Miro á los peces, del inmenso Océano

Argentando las aguas eternas,

Que yagan con las ondas desiguales,

Llenos de vida por el hondo mar.

Miro al insecto vil zumbar alegre,

Por el viento que aduerme al ancho mundo;

Y al reptil que se arrastra en fango inmundó,

Con envidia, Señor, de su gozar.

Entre las fieras el leon salvaje

En cuyos ojos la arrogancia brilla;

La oruga en la menuda yerbecilla,

Todos hallan la dicha en el amor.

Con corazon sencilló en mi aislamiento,

A una muger aún con amor santo;

Ella enjugó mi lastimero llanto,

Y la estreché en mis brazos con ardor.

Casta como la luna en el zafiro

La miré, como arcángel de pureza;

Fascinado tambien por su belleza,

A adorarla feliz me abandoné.

Yo respiré la magia de su aliento,

Encantado goce dichas del cielo;

El talisman rompióse. . . y fué mi duelo

Falaz, una muger solo encontré.

Y desde entonces, desde entonces gimo

En medio del festin y del bullicio,

Y sufro solo pertinaz suplicio.

Porque el alma no encuentra á quien amar.

Mugeres ríto lánguidas, hermosas,

Fuentes de amor que el mundo nos presenta,

¡Podrá beber el ánima sedicenta,

Si han de venir la vida á emponzoñar!

Una esperanza ¡oh Dios! en este instante

Mi mente alumbra con fulgor divino;

En este valle misero, mezquino,

Tal vez palpita un puro corazon.

De las mil flores que la brisa halaga,

¡Ay! una miro solitaria, bella,

Cual de la tarde la modesta estrella

Al extinguirse moribundo el sol.

FELIX MARIA ESCALANTE.

El murmullo confuso y el desasosiego sinterior de los pueblos conmovidos, son la señal precursora de la tormenta que en breve ha de pasar sobre las naciones trémulas.—L. M.

El ejército entiende mejor la idea de gloria, que la de libertad.—Segur.

El fastidio mata el amor, y el olvido lo sepulta.—L. B.